

EN PUNTO

Teatro LOS GRANDES VACIOS

Si un autor español quiere trabajar en la línea «benaventina», tiene a mano una preceptiva y toda una estructura social y teatral que le apoya. Una serie de conceptos «hechos» se ponen de su parte y sabe que a su obra no le espera ningún malentendido. Actores, empresarios, espectadores y críticos saben de qué va y pueden pronunciarse con cierta solidez.

En cambio, si un autor intenta salirse de ese caminito todo se vuelven lanzas y se expone a incompreensiones cuya más general expresión será la inviabilidad escénica —o sea, el rechazo por parte de la estructura socioteatral— de su obra.

Es curioso —y patético— ver cómo se las ha arreglado el sector dominante de la sociedad española para ir borrando otras tradiciones que están, asimismo, en la historia de nuestra cultura. En definitiva, el papel que hoy juega el «benaventismo» lo jugaron antes otras perspectivas de idéntica significación conservadora, de manera que los eslabones sucesivos se ajustan y nacen de un modo coherente. Durante siglos, el escritor, mejor dicho, el dramaturgo conservador ha pisado tierra firme.

Frente a esta continuidad, a este cosmos, los «otros autores» han tenido que plantearse siempre su trabajo con un espíritu francotirador o

guerrillero. Han parecido siempre en el punto «cero» de la renovación, en el primer grito de un descontento y una crítica que luego, contra toda lógica, no han progresado públicamente en nuevos y más rigurosos discursos artísticos. Habiendo, en suma, proporcionado material más que suficiente para configurar una «corriente» renovadora, atenta a las significaciones culturales y reveladoras de la escena, han sufrido el eterno destino de ver individualizados sus esfuerzos, reducidos a «casos personales» perdidos en la noche del teatro domesticado y encubridor.

Pienso esto a la luz de libros como los que Alianza Editorial ha dedicado a Larra y a Alcalá Galiano. Aparecen numerosos juicios que se diría escritos hoy. Estimaciones que el conservadurismo sigue considerando excéntricas, o políticamente peligrosas, o utópicas, etcétera, etcétera, estaban ya, dichas con una precisión deslumbrante, en los textos de los dos citados. ¡Qué apasionante resultaría escribir esa «otra historia» del teatro español, o, más exactamente, esa historia posible y siempre latente de la escena española!

Por ejemplo, de Larra a Valle-Inclán, con todas las diferencias de sensibilidad creadora, de personalidad y de época, bien podría establecerse una línea que cruzaría ahora por esa docena larga de autores que apenas estrenan o, en la mayoría de los casos, no estrenan en absoluto. Y por los mejores grupos experimentales. ¡Cuánto exilio artístico significativo! ¡Cuántos nombres fundamentales marginados por la estructura socioteatral! La de los empresarios que conocen a su clientela, la de los críticos que orientan dócilmente a esa clientela, la de los actores que la halagan, la de los vigilantes que la protegen...

Cada vez que surge un nombre vivo, una obra responsable y éticamente elevada, a su alrededor parece emerger el vacío. Y, sin embargo, quizá no sea exacto. Porque, por debajo de las etiquetas, de las figuras eternamente repetidas en los lujosos escaparates, vive y se enlaza otro teatro, aquél en el que un día habrá, precisamente, de apoyarse la regeneración de la escena española. Un submundo apasionante y patético que espera la hora de un teatro español para la sociedad española; y que, en el silencio que no en el vacío, trabaja y va cubriendo su parte en el relevo. ■ J. M.

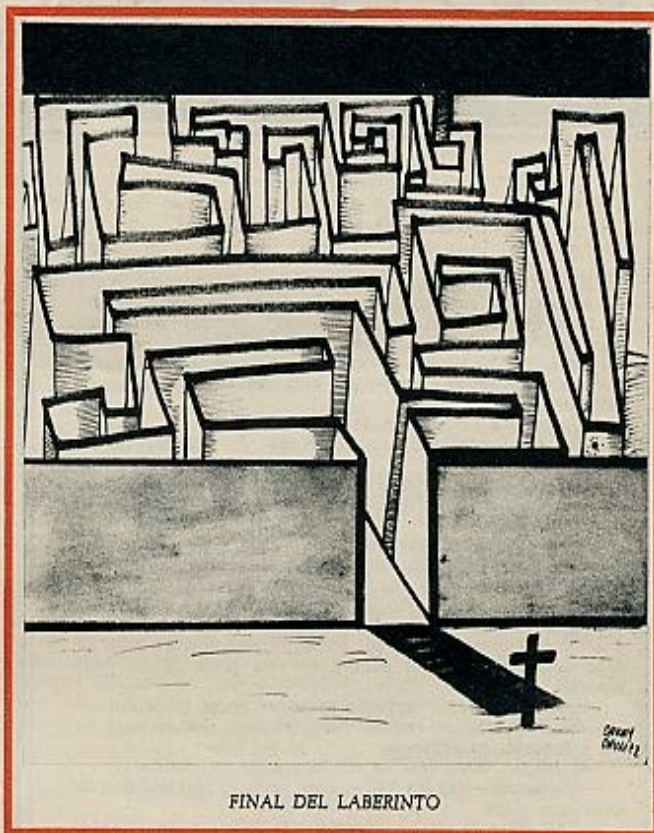


Atomos LOS HIJOS DE LA BOMBA

Después de un ataque atómico, las esperanzas de supervivencia de la humanidad serán vanas, y el agresor estará tan amenazado como su víctima. Incluso sería suficiente una explosión «pacífica» importante, como la considerada para hacer un nuevo canal de Panamá, para poner en peligro toda una generación de niños por nacer. Un médico americano, el doctor Ernest J. Sternglass, del departamento de radiología de la Universidad de Pittsburgh, acaba de probarlo, con el apoyo de cifras, estudiando los efectos a largo plazo de los residuos radioactivos sobre la mortalidad infantil en los Estados Unidos.

En dos ciudades del Estado de Nueva York se había constatado ya, cinco años después de la llegada de residuos producidos por un ensayo atómico de 1953 en el Estado de Nevada, un aumento espectacular de los casos de leucemia. Al constatar que los enfermos eran en su mayor parte niños

nacidos tres o cuatro años después de la explosión, el doctor Sternglass ha tenido la idea de comparar sistemáticamente, Estado por Estado, los índices de mortalidad infantil y la cantidad de estroncio 90 radioactivo contenido en la leche. Ha comprobado que en la banda de Estados situada directamente sobre el paso de los residuos, el índice de la mortalidad infantil se eleva del 40 al 50 por ciento cinco años después de un ensayo nuclear en la atmósfera. Los supervivientes son anormalmente canijos. Las nubes radioactivas se dispersan inmediatamente sobre el conjunto del territorio, y los Estados Unidos, que tenían en 1945-1946 uno de los índices de mortalidad más bajos del mundo —estaban en el segundo puesto—, están en la actualidad en el puesto dieciséis. Y el número de niños nacidos anormales se ha acrecentado en proporciones que permanecen por largo tiempo misteriosas.



FINAL DEL LABERINTO

Los residuos radioactivos afectan a las células reproductoras, explica el doctor Sternglass. Y este efecto amenaza con prolongarse durante toda una generación, ya que el estroncio 90 puede conservar toda su radioactividad durante unos veintiocho años. De hecho, pese a la interrupción de los ensayos atmosféricos, en 1963, el índice de mortalidad infantil en los Estados Unidos ha permanecido superior en

un uno por ciento de lo que debería haber sido normalmente. «Ha bastado liberar doscientos megatones en veinte años para que el número de niños que pueden alcanzar la edad de un año en los Estados Unidos disminuya el uno por ciento —señala el doctor Sternglass—. Un comienzo de guerra atómica liberaría al menos cien veces más de radiaciones. No hay más que hacer el cálculo de supervivientes».

Condición femenina EL SUPPLICIO DE LA CELULITIS

Es la hora de la verdad. Para cientos de miles de mujeres, el gran éxodo hacia las playas del mes de agosto es un suplicio. La cuasi desnudez de los trajes de baño va a hacer aparente la amenazante, la obsesiva celulitis...

«La verdadera celulitis, o "piel de naranja", es, sin embargo, rarísima —nos ha dicho el doctor X, especialista en la hormonología y la obesidad de los miembros inferiores—. Yo no veo más que tres casos graves de cada mil pacientes de celulitis al año y cien casos de celulitis por placas y núcleos. La celulitis es el estadio último de sobrecarga hídrica y lipídica, es la transformación fibrosa de un tejido inflamatorio sobrecargado de lípidos, de agua y generosamente de toxinas, cuya acumulación es debida a la lentitud de los intercambios, que tiene su origen bien sea en una mala circulación, bien sea en mecanismos químicos perturbados. Esto se traduce en el fenómeno de la "piel de naranja", apelación que, por otra parte, se utiliza a tontas y a locas.

GRACIAS A LOS «BLUE-JEANS»

«La verdadera "piel de naranja" es exactamente lo que ocurre cuando se aprieta la piel de una naranja intentando hacer un pliegue. Esta piel se adhiere, se hunde en lugar de plegarse

y está llena de poros. Se hacen bultos duros, dolorosos, que se adhieren al plano profundo, imposibles de pellizcar. Tienen puntos de aparición fijos: en la delantera de la cara interna de la rodilla, alrededor de la rodilla, en la cara postero-exterior de los muslos y en la parte antero-exterior del tobillo. En este estadio puede hablarse de enfermedad. Pero repito que estos casos son raros.

«Mucho más frecuentes son las obesidades localizadas, debidas generalmente a un defecto de postura que determina la localización por la atonía muscular, las obesidades de edemas por trastornos circulatorios y una mezcla de los dos casos, que forman el grupo más frecuente. La proporción es de un quince por ciento de obesidades de edemas en poste —pies planos y tobillos gruesos— de origen mecánico del pie y circulatorio, un veinticinco por ciento de obesidades del tipo "pantalones de caballo" y calpigas —arqueo notable de los muslos hacia adelante y atonía de nalgas—, un sesenta por ciento de obesidades mixtas —pies planos y atonía de nalgas— que se refieren a toda la extremidad inferior a partir de la cadera.

«Dado que las obesidades localizadas están vinculadas con mucha frecuencia a la conformación anatómica del esqueleto y a la postura por ella